

Paseándome por allí ví pasar bajo los parrales á un padre de blanca barba que tocaba una flauta rústica de la manera mas original y con aire tan preocupado que me llamó la atención y pregunté al padre Gregorio, que me hacia los honores del convento, quién era aquel singular artista.

Es el padre Aristare, me contestó: nació como yo en Constantinopla; su cabeza se ha exaltado por el trabajo y la soledad, pero aparte de esto, su salud es excelente. En su juventud se ocupaba en historia y traducciones; ahora solo piensa en la poesía bajo todas sus formas: pintura, música y literatura. El mismo hace sus flautas con ramas de árbol, despues vá al jardín donde permanece dias enteros, escuchando é imitando á los pájaros. Es pintor y músico y está dotado del sentimiento de la forma y del color. Venid, añadió, y os mostraré sus trabajos.

Fuimos, pues, á pedirle permiso, y á pesar de su repugnancia en dejar ver sus obras, cuando supo que yo me ocupaba en la pintura, nos dió la llave de su celda á donde el padre Gregorio y yo subimos. Ví allí un cúmulo de papeles de todas clases doblados y puestas en desorden unos sobre otros. Eran flores, frutos y pájaros pintados al natural con una verdad maravillosa, pero en los papeles mas sucios y malos con colores mates y comunes.

—Permitidme, dije al padre Gregorio, que le ofrezca papel y colores.

—No lo querrá seguramente, me contestó: cuando yo le traigo buen papel, lo desecha diciendo. ¿A qué gastar lo que es ya bueno de suyo? Los colores de que se vale los hace él mismo estrayéndolos de las flores y frutos.

Entre estos dibujos, noté sobre todo un vaso con un racimo de uvas negras, que era una obra maestra. Oí tambien algunas de sus poesías, las cuales, aunque perdieran en la repentina traduccion que de ellas se me hizo, respiraban la misma ingenuidad y sencillez que su pintura y su música, copiadas de la naturaleza, de que, como verdadero artista, es un constante observador.

El convento de San Lazzaro no es la única casa de educacion dirigida por los mekhitaristas. Tienen además cinco colegios armenios: uno en Constantinopla, que sirve de escuela preparatoria á los niños que á la edad de once años se envían á Francia y á Italia; otro en Trebizonda, otro en Crimea, otro en Viena, otro en Venecia y otro en París.

Isola San Lazzaro dei Armeni.

A fines del siglo XVIII Babik uno de los padres de San Lazzaro á consecuencia de una cuestion con el superior del convento, se retiró á Trieste con algunos de sus compañeros para fundar allí una nueva casa

de educacion. Pero muy luego la conquista de Italia por los franceses, obligó á aquellos religiosos á refugiarse en Viena. El emperador Francisco les cedió el antiguo convento de capuchinos, donde establecieron su casa, la cual en poco tiempo llegó á tomar grande estension. El padre Babik vino á ser el jefe de ella, fundó una imprenta que sirve como la de San Lazzaro al fin general de la asociacion y provee á las necesidades del convento. Lo mismo que en Venecia los mekhitaristas de Viena se ocupan en trabajos literarios sobre la Armenia y publícase en su lengua un periódico intitulado *Europa*.

Hace algunos años dos ricos armenios de Lóndres y de Madrás, dejaron sumas considerables á los padres de San Lazzaro, con la condicion de hacerlas servir á la educacion de sus correligionarios. Entonces se crearon dos conventos: el uno en Venecia en el palacio *Zenobio*, lleva el nombre del donatario Rafael y unos treinta alumnos reciben en su seno una educacion completa; el otro en Pádua; pero las dificultades suscitadas por el gobierno austriaco á instigacion de Mr. Moorat, hijo del donatario, han decidido á los padres á trasportar á París esta casa de educacion. Contando con las ordenanzas promulgadas en su favor han comprado en la calle de Monsieur (*Sauburg Saint-Germain*), un vasto y bello palacio construido en otro tiempo para la duquesa de Borbon.

La casa matriz es siempre la de la isla San Lazzaro, de donde parte la chispa que debe encender ese antiguo foco de la civilizacion; y nosotros que hemos visitado un rícon de la Armenia, y sobre todo, que hemos visto en todo el Oriente esta raza tan pura y activa aun, creemos que, dado el caso, seria tan capaz como Grecia de reemplazar la potencia otomana. Esta raza es fina, bella, inteligente, paciente y ambiciosa hasta el mayor grado; pero en esta ambicion que se aplica á la patria cree ver ya su futura grandeza. En Constantinopla los establecimientos de banca y los diferentes ramos de administracion pública se apoyan en la ciencia é inteligencia de los armenios. Los turcos, como nuestra alta nobleza antigua, se creen muy grandes señores para ocuparse en negocios: quieren vivir descansadamente y encargan á los armenios de su fortuna é intereses privados. Los griegos son para esto muy ligeros ó demasiado astutos: los judíos, víctimas de una preocupacion universal, son menospreciados allí como en todas partes.

El objeto principal de los monges mekhitaristas es, como se ve, mostrar á sus hermanos de Oriente, el camino que debe seguirse para venir á ser un dia capaces de defender y sostener su nacionalidad. El concurso de Francia debe estarles tanto mas asegurado, cuanto que en su patriotismo ilustrado estos religiosos combaten con energía el error general de Oriente, error funesto de recurrir á la proteccion de

Rusia, sin reflexionar que esto es cambiar de amo y no conquistar la independenciam. A este único título merecen todas nuestras simpatías.

El Lido.

Aquí tocamos el Lido, isla tan cantada por los poetas modernos. Esta lengua de tierra, en que vegetan algunos árboles tiene solo el mérito de ser el dique natural del archipiélago veneciano.

Al árido suelo del Lido venian los venecianos por espacio de muchos siglos á ejercitarse en el arco, en la ballesta y últimamente en las armas de fuego. Ahora no se halla allí gente hasta el mes de setiembre, época en que es de moda celebrar aquí todos los lunes una especie de bacanal.

Lord Byron hizo su hipódromo de esta desierta playa, donde tenia sus caballerizas; y en desenfrenadas carreras, á la orilla de la mar, Beppo, ese conde veneciano, hubo de nacer como la oda en Venecia.

Para ver el mar en toda su belleza, es menester venir á este paraje á la hora en que el sol va á desaparecer tras de las ondas que parecen hervir á su contacto ardiente. En las cálidas noches de julio, íbamos nosotros á buscar allí la frescura de las aguas, nadando hasta alta mar. Nada es tan bello como Venecia, vista desde esta isla por la noche, con sus fantásticos perfiles y sus mágicos efectos. Destacada asi en negro, en el fondo de un cielo luminoso, y tachonada profusamente con las luces de sus palacios y góndolas, se asemeja á esos agrupamientos babilónicos que nos muestran los grabados de Martens y que, á la vista engañada por las misteriosas penumbras de la luna, edifican las hadas y los genios de las grutas, de las cavernas, de los lagos, arquitectos familiares de las profundidades terrestres y submarinas.

La isla de San Michel.—Muerte de Leopoldo Robert.

Desde el Lido remamos hácia la isla San Michel, mansion en otro tiempo de algunos hombres célebres hoy asilo de cadáveres ilustres. Es el *Campo Santo*, el campo de los muertos de Venecia. Nada pinta mejor el carácter de los venecianos como sus ceremonias fúnebres. Todo lo que puede entristecer la vista está severamente desterrado. No se hace alarde como entre nosotros de un lujo pomposo, que nos parece de mal gusto en semejantes circunstancias. Una sencillez igual para todos preside á estos tristes y últimos honores. Nada de colgaduras, ni carros soberbios, ni músicas, ni luces. Solo un sacerdote acompaña el féretro de noche y en una barca misteriosa á la iglesia de la isla San Michel y luego á la fosa abierta para recibirlo.

En 1466, unos monges camaldulenses construyeron

en este paraje una iglesia y un claustro notables que sirven actualmente de retiro á algunos capuchinos. La muerte está aquí todavía sin fausto y todas estas losas que cubren mas de un nombre célebre, solo se distinguen por sus inscripciones. Hay uno sobre todo que quise yo descubrir: el del infortunado Leopoldo Robert, cuya deplorable muerte ha dejado sobre su gloria una brillante aureola.

En notas de viaje que me fueron confiadas antes de la muerte de otro jóven pintor malogrado tambien, hay una página fechada en la isla San Michel á 10 de marzo de 1840, que he de transcribir aquí: «Entre todas las tumbas sin nombre y perdidas bajo la arena, he buscado la tuya ¡oh Leopoldo! Aun se conserva nueva, blanca: allí reposas tú ¡oh poeta! despues de haber escrito tu mejor canto. ¿Habias pronunciado tu última palabra y tu mision sobre la tierra estaba ya cumplida? Sin duda tu alma, enamorada de lo bello estaba ansiosa de admirar los cielos; sin duda muriendo, no temias ya perder la alegría de oírte aplaudir. Viendo esas dos obras de arte, tus últimos trabajos ¿qué alma no siente la profunda tristeza que llenaba la tuya? Y cuando ocho dias antes del último dia, despues de haber bailado alegremente contra tu costumbre y como para mostrar que dejabas la tierra sin pesar, viniste á rogar á quien tocaba el piano, tocara el *Requiem* de Mozart ¿no es verdad que adivinabas tu muerte? Y aquella divina música, cayendo en tu corazon, lo refrescó sin duda, como hace la lluvia en una tierra ardiente y seca. ¡Adios oh pintor, oh poeta! ¡adios! Huyo de este lugar de reposo, pues siento que mi alma está dispuesta á dormirse aquí. ¡Oh! si yo tuviera tu genio, acaso tendria tambien tu valor. ¡Adios! He visto en tu fosa una violeta, florecida antes que las otras. ¡Símbolo de duelo y de modestia! Solo con su perfume se ha anunciado. Atomo exhalado sin duda del alma triste y modesta, llena de fuerza y de genio, haz que respirándote adquiera bastante gloria para morir tranquilo y satisfecho.»

En una de las vastas salas del palacio Pisani en San Stephano, era donde trabajaba Leopoldo Robert con su hermano Aurelio; y allí tambien puso en ejecucion aquel desgraciado su funesto proyecto. Un amor sin esperanza, que no era ni podia ser correspondido, una apreciacion exagerada de su fealdad, abrigando él tan gran sentimiento de lo bello, y tambien la dificultad real de traducir con sus pesadas y torpes manos el poder de sus concepciones, lo habian disgustado poco á poco de la vida. Algunos fragmentos de una carta de su hermano refieren este drama de una manera tristísima.

«La última carta que recibí de Florencia venia de la persona *familia ilustre* á la cual el pobre artista profesaba un fatal y respetuoso amor. Doce dias despues se suicidó. Esta carta le anunciaba el proyecto

que se tenia de ir á Roma y le felicitaba por el mérito de su cuadro los *Pescadores*, del que se le pedía una descripción. Mi hermano quemó esta carta como habia quemado las otras, lo cual revelaba una resolución fija. No gustaba él de hablarme de su pasión; sin embargo, yo no pude menos de decirle que á ella atribuía el estado de abatimiento á que se veía reducido.

—Te engañas, me contestó: ya estoy curado de ella.

—Si no sufres por ella padeces por sus consecuencias. Hora es ya de que te distraigas. Vamos á Suiza ó á París, donde hallarás ocasion de casarte.

—Es ya muy tarde: mucho antes debiera haberlo hecho.

La víspera de su muerte por la noche estábamos reunidos segun costumbre, en el salon de nuestros *padroni di casa*: mi hermano estaba aun mas triste que de ordinario y no tomó ninguna parte en la conversacion general. Yo afectaba buen humor, pero por momentos sentia que mis fuerzas me abandonaban. Sus ojos estaban fijos en los míos, como preguntándome qué era lo que experimentaba. Partimos, en fin, y entonces me encargó que entrara en su habitacion cuando fuera á la mia; lo que yo no acostumbraba hacer porque Leopoldo se acostaba ordinariamente temprano.

Aquella noche dormí mal. El dia siguiente entré en mi habitacion preguntándome qué le aconsejaba hacer, si debía ó no partir. Yo me limité á decirle que lo que él quisiera.

—Pues bien: parto, me dijo.

Algunos instantes despues supe que habia salido hácia el estudio. Como ordinariamente íbamos y veníamos juntos, me sorprendió su partida y sin saber por qué fuí al estudio tambien mas aprisa que de costumbre. En el camino me apercibí de que llevaba ya la llave en el bolsillo. No habrá podido entrar, me dije. ¿Dónde estará? En este momento ocurrió que un maldito perro vino á echarse á mis pies ladrando, y desde entonces un presentimiento funesto se apoderó de mí. Todo turbado llego al palacio Pisani y preguntó á nuestra vieja criada, si está allí mi hermano.

—Sí, me contestó.

—Por dónde ha entrado.

—Dando la vuelta.

Dóila yo tambien y encuentro la puerta cerrada. Un rayo de luz me hiere, y toda mi sangre se pone en movimiento. Pido á Dios me favorezca y acudo á la primera puerta que procuro abrir con mi llave. Llamo luego y nadie responde.

Me lanzo entonces como un loco sobre la puerta que cede á la violencia; atravieso un vestíbulo, rompo la segunda puerta como la primera... ¡Gran Dios!

Mi pobre hermano, tendido en tierra, nada en un lago de sangre.

Petrificado á su vista, caigo de rodillas para recibir dos suspiros que se exhalaban de aquellos despojos mortales. Nuestra buena criada grita y gime: suplicole que vaya á pedir socorro y quedo solo. Busco horrorizado en las manos del desgraciado el cruel instrumento que me ha arrebatado su vida, y lo veo sobre un baul, donde la sangre habia corrido al principio y desde donde Leopoldo cayó despues de haberse herido.»

Murano.—Torcello.—Adios á Venecia.

La isla de Murano no está lejos de San Michel, y aunque la fabricacion de cristal no sea ya lo que fue en otro tiempo, se puede todavia seguir allí con interés el procedimiento de esta bella industria.

A medida que las artes del Oriente desaparecian bajo las ruinas que engendran las guerras y las revoluciones; que Tiro y Sidon eran reemplazados por Alejandria; que Bizancio venia á ser Stambul; que la Persia sucumbia despedazada por tenientes de Alejandro; que Venecia que espiaba siempre como un ávido heredero las ricas sucesiones que se abrian por esta parte, llegó poco á poco á apropiarse todos los secretos de las artes y oficios, siendo no solo el depósito, sino el foco, por decirlo asi, el crisol donde se elaboraban los ingeniosos procedimientos traídos de Africa y Asia. A fines del siglo XII fue cuando los trabajos de Murano, como tambien los de los tejidos, tomaron su mayor estension.

El mundo entero vino á ser tributario de esta habil fabricacion de los vidrieros venecianos. Enrique III de Francia, cuando estuvo en Venecia de vuelta de Polonia, se admiró tanto de la belleza de estos objetos, que condecoró con el título de gentiles hombres á los jefes principales de la fabrica de Murano. Las arañas, los espejos, las tazas de fuentes y hasta los muebles se compraban á peso de oro por los mas ricos soberanos. El duque de Milan compró una fontana en 3,500 ducados. El espejo que la República regaló á Enrique IV y que valdria hoy 25 francos, está consignado en la historia como un presente real, si los habia. Verdad es, que sus adornos debian aumentar considerablemente su valor artístico.

Este ramo de un arte industrial muy menospreciado ahora, reportaba á Venecia riquezas inmensas y aun hoy dia él es el que la sostiene. En una poblacion de quince mil almas, doce mil viven de este comercio que produce anualmente de 7 á 8,000,000.

Despues de Murano viene Torello, una de las islas mas interesantes del archipiélago veneciano. La arqueología hará de ella importantes estudios. La igle-

sia principal es uno de los tipos mas curiosos del arte bizantino de los primeros tiempos. Pero ha sido ya tantas veces descrita que nos releva á nosotros de ello. Lo mismo sucede con el pequeño templo inmediato dedicado á Santa Fosca. La familia de Mula tiene

tambien aquí un palacio abandonado ahora á los pescadores y gondoleros y cuyas elegantes proporciones podrán servir de modelo á nuestros constructores modernos.

Separándonos de esta isla, donde se dice que Atila



Palacio de Ferro.

vino á encallar, nuestra barca atraviesa la calle Marítima ó canal de Burano para avanzar al través de la laguna, que en su reposo se asemeja al cielo que refleja, hácia San Francisco del desierto, la mas lejana de todas las islas del archipiélago veneciano. Un vasto campo de musgo, un claustro cambiado en quinta y antiguos cipreses cargados de pájaros dan á este desierto un carácter singular.

Para formarse una idea exacta de estos lagos sin orillas, ó por mejor decir de estas playas, que no aparecen sino en baja mar, es menester ir de aquí á San Zorzi della laguna, islote situado en la direccion de Fusine. Yo he encontrado allí esas estensiones de agua tranquilas é inertes de las regiones polares.

Al lado de estas islas que acabamos de visitar rápidamente y que ofrecen al viajero la certidumbre

de un interés histórico, pintoresco ó artístico, hay otras que solo tienen huertos ó verjeles. Hoy mismo esos bellos jardines de la *Giudecca* de Murano, y del Lido, cuyas maravillas en tiempo de Bembo refiere Navajero, y cuyos bosques de naranjos, de granados y jazmines embalsamaban la ciudad entera, esos jardines de Armida, á donde los elegantes señores de la rica Venecia iban á cenar en las cálidas noches de la canícula, no son mas que banales de legumbres, muy buenas por cierto, pero nada pintorescas. Estas tierras húmedas, impregnadas de sal, calcinadas por un ardiente sol y hábilmente cultivadas, son estremadamente fecundas, y como dice un autor veneciano, son las fuertes y santas murallas de Venecia.

Pero ¡ah! llegó la hora de dejar esta ciudad, cuyas bellezas hemos procurado describir á grandes rasgos.

A Venecia no se deja voluntariamente, sino que se arranca uno de ella, sin olvidarla jamás ¡Venecia! A este mágico nombre ¡qué cuadro se desenvuelve ante mis deslumbrados ojos! ¡Cuán noble y radiante se presenta, cuando por la mañana deja su manto de plata para cubrirse con la púrpura solar! ¡Cuántas veces he asistido á esta *toilette* divina! Es de ver entonces á los hijos de las lagunas, acudir hácia ella, los unos en sus barquillas donde solo caben los pies del remero y el cesto de la pesca; los otros en prolongadas góndolas cargadas de leche, de frutos y de flores: todos se apresuran á verla.

¡Oh! Cuánto te envidiaba, pescador del Adriático, á tí que vives y mueres en tus caras lagunas. Tú trabajas algunas horas para procurarte el sustento; pero tu vida está asegurada, puedes contar con un mañana y tienes paar olvidar tus fatigas ese cielo, esas maravillas, esa vida profundamente práctica como no la hay en ningún país del mundo ¡Adios, Venecia! ¡adios!

Cuando todos dormían aun, salí de la ciudad. Al amanecer la misteriosa góndola, me alejé muy pronto, y estaba avergonzado de abandonarla. ¡Adios, tú

también, gondolero! yo te estrecho la mano como á un amigo. Tú eres el último recuerdo de la ciudad querida, el último hijo de San Márcos que me habla todavía y me despide con algún pesar. Otro empuje, y ya no pensarás en mí mas, volviendo alegre á la ciudad real.

Márcos era un mozo de noble carácter, y casi el único que conservaba el tipo nacional: el sombrero puntiagudo y adornado con un ramo de flores en los días de fiesta, faja ancha al uso oriental, chinelas por calzado, la camisa abierta y una multitud de reliquias de San Antonio de Pádua guardadas en cajas ó en corazones de plata pendientes del cuello.

Poco tiempo antes de nuestra partida, hicimos vestirse á Márcos de gala. Mr. Curt, pintor de historia, hizo un retrato al pastel bastante notable. Esa tez morena y trasparente que los venecianos llaman *mauretto*, esos grandes ojos azules, tan tristes y esa frente despejada, hacen de él uno de los tipos venecianos mas caracterizados. Digno era del pincel de Leopoldo Robert. Así lo hizo él en su último cuadro los *Pescadores*: es el jóven que levanta las redes. Yo lo conocí en el estudio de Aurelio Robert y desde entonces lo adoptamos para que nos condujera en nuestras escursiones artísticas, lo que al cabo de algunos años le habia reportado cierto bienestar.

La víspera de mi partida, vino á ayudarme á arreglar mi equipaje y le dejé bastantes prendas, que no podía yo llevar conmigo. Muy luego volvió diciéndome con cierto despecho que su madre no queria creer que le hubieran dado tantas cosas: la madre lo acusaba de haberlas *robato*. La pobre lloraba de alegría y solo me dijo estas palabras llenas de amor maternal.

—*La perdona, signore, ma chi ama teme.*

(Perdonad, señor; pero quien ama teme).

¡Adios, mi gondolero! ¡adios! ¡Qué San Márcos, San Antonio y la Madona te protejan!

ADALBERTO DE BEAUMONT.



Panierplatz, cerca del Burg en Nuremberg.—De fotografía.

NUREMBERG

(BAVIERA.)

POR M. EDUARDO CHARTON.

1862.

De viaje.—La posada de Rothe Ross.—La casa de Sertz.—Wallestein.—Una introduccion de Hoffmann.—El presbiterio de San Sebald.—Theuerdank.—San Sebald.—La puerta de las Desposadas.—La tumba de San Sebald.—Un bajo-relieve cómico de Adam Kraft.—La muerte de Juan Palm.—El globo de Martin Behaim.—La casa de Tucher.

17 de setiembre de 1862.

Mis recuerdos me trasportan á los campos de Baviera. El convoy pasa con gran celeridad á vista de las ciudades de Ausburgo, Donauwoerth y Nordlingen. Atravesamos paisajes en que nada admira, pero que todo agrada. Las suaves tintas de un sol de otoño convienen á esta naturaleza templada. Las escenas de la vida rústica se destacan ligeramente en medias

tintas sobre el fondo verde de las praderas que comienza á sombreadarse. Grandes manadas de ánsares vuelven graznando á las casas bajo la guarda de frescas y robustas zagalas. Numerosos grupos de campesinos vestidos de negro y graves como nuestros bretones preceden ó siguen sus prolongados carros cargados de yerba mezclada con flores silvestres que flotan sobre las ruedas. A lo largo de la via, algunos muchachos rubios juegan en las puertas de sus casas de madera graciosamente construidas y sombreadas por frondosas y verdes parras. Los últimos rayos del sol coloran estos rostros, se deslizan por los contornos de los pámpanos y se agitan un momento como franjas de oro.

Son cerca de las seis y oigo gritar: ¡*Schwabach!*